



## CAPÍTULO IV

**Pompeyo y sus guerras hasta la completa sumision del Asia (78-63 antes de J. C.).—Rebeliones en la Italia (78).—Sertorio en España (83-77).—Pompeyo.**

Apénas hubo muerto Sila, cuando la lucha de los partidos se encendió con más violencia. El partido democrático, á cuyo frente se puso el cónsul Lépidio, pidió la abrogacion de las leyes del poder dictatorial; el cónsul Cátulo, apoyado por el senado, se opuso á esta peticion. Lépidio, que habia reunido un ejército en la Galia Cisalpina, fué derrotado en dos batallas, y murió en la Cerdeña. Sus partidarios se refugiaron en España para hacer causa comun con Sertorio. Éste habia conseguido captarse las simpatías de los lusitanos y de varios otros pueblos de España; habia organizado la España en república siguiendo el ejemplo de Roma: un senado de trescientos miembros estaba al frente de los negocios públicos. Sertorio habia introducido la civilizacion y táctica de los romanos entre estos pueblos, y luchó con éxito contra un ejército romano; mandó á España por Sila á las órdenes de Metelo. Despues de la abdicacion de Sila mandó el senado un nuevo ejército contra Sertorio, dando el mando al joven Eneo Pompeyo, hijo de Pompeyo Estrabon. Pompeyo tenia más vanidad que genio; favorecido por las circunstancias, pudo satisfacer su ambicion y ponerse al frente de la república despues de haber obtenido la proteccion de Sila. Recibió de sus contemporáneos el sobrenombre de Grande, sin haberlo merecido.

Ya en España, Pompeyo se hizo dueño de las comarcas situadas entre el Ebro y los Pirineos; pero habiendo experimentado pérdidas sensibles, pidió y obtuvo del senado refuerzos en tropas y en dinero. La guerra se iba haciendo

ya larga, cuando Sertorio fué asesinado por Perpenna (72), que estaba á sus órdenes y ambicionaba el mando de toda la España. Los pueblos de España se sometieron entonces á Pompeyo, quien derrotó el ejército de Perpenna en una batalla cerca del Tajo y dió muerte á su jefe (72). La fortuna favoreció una vez más á Pompeyo cuando volvió con su ejército á Italia. Algunos gladiadores habian huido á Capua para ponerse á las órdenes de Espartaco, quien llamó á las armas á todos los esclavos descontentos. Pronto este valiente jefe se vió al frente de un ejército de setenta mil hombres, con el cual asoló la Campania y la Lucania y derrotó á varios ejércitos romanos. Aconsejó entonces á sus partidarios que abandonáran la Italia y fueran á fijarse en la Galia; pero sus tropas indisciplinadas le obligaron á que les condujera á Roma, cuyo saqueo ansiaban. Craso, investido con el mando de un grueso ejército, los derrotó sobre las márgenes del Silaro; Espartaco pereció tambien en este combate. Cinco mil hombres lograron salvarse y se retiraron al norte de la Italia, donde dieron con Pompeyo, que les derrotó, atribuyéndosele la gloria de haber terminado él la guerra.

Vuelto á Roma Pompeyo se alió con Craso, que poseia inmensas riquezas, y que aunque buen general, no podia, sin embargo, hacer sombra al ambicioso Pompeyo. Nombrados los dos cónsules, dieron á los tribunos plebeyos todas las atribuciones que Sila les habia arrebatado; unieronse á ellos tambien los caballeros, admitiéndoles al lado de los senadores en los

tribunales criminales; Craso hizo además distribuciones gratuitas de trigo á todos los ciudadanos de Roma, y les obsequió con un espléndido festin, para el que hubo necesidad de disponer diez mil mesas sobre las plazas públicas. No tardó en presentársele ocasion á Pompeyo para aprovecharse de todos los frutos de la popularidad que acababa de adquirir. Despues de la destruccion de las fuerzas navales de todos los pueblos vencidos por los romanos que por sí daban poca importancia á la marina, llegaron á infestar el Mediterráneo un gran número de piratas: partiendo la inmensa mayoría de las costas meridionales del Asia Menor, atacaban y saqueaban á todos los navíos mercantes y asolaban toda la costa de la Grecia, de la Italia y de la Sicilia; llevaron su insolencia hasta saquear el puerto de Ostia.

Poseian más de dos mil navíos y colocaban el botin que se proporcionaban en las ciudades que habian fundado sobre las costas de la Cilicia. Várias veces atacaron á la escuadra que tenian los romanos destinada al aprovisionamiento de la ciudad de Roma. El mal fué tomando tales proporciones, que se hizo necesario recurrir á medidas extremas para extirparle de raíz.

El tribuno Gabinio propuso entonces se diera á Pompeyo por tres años el poder supremo sobre todas las costas, como tambien sobre todas las fuerzas navales, con objeto de poder hacer la guerra á los piratas.

Esta proposicion fué aceptada, á pesar de la oposicion del senado, y Pompeyo logró á los tres meses sofocar tan cruda guerra. Hizo salir de todos los puertos pequeñas escuadras, con órdenes terminantes de dar alcance á los enemigos ú obligarles á que se dirigiesen hácia las costas de la Cilicia. Despues, y conseguido su objeto, reunió todas las escuadras y les atacó con todo rigor, destrozando á los piratas en una gran batalla. Desembarcó su ejército y destruyó sus ciudades, cuyos habitantes se vendieron como esclavos en su inmensa mayoría, y los demas se dispersaron por las ciudades del interior. La gloria que Pompeyo sacó de esta guerra fué tal, que á la proposicion del tribuno Manilio, el pueblo le confió tam-

bien un poder ilimitado sobre toda el Asia, á fin de terminar la tercera guerra contra Mitrídates el Grande, rey del Ponto.

Sila, al abandonar el Asia Menor, dejó allí un ejército bajo el mando de su lugarteniente Murena, para que velára por la realizacion del tratado concluido con Mitrídates el Grande. Pero el deseo de distinguirse habia estimulado á Murena hasta el punto de comenzar la guerra de nuevo bajo fútiles pretextos. Esta segunda guerra contra Mitrídates se terminó con la renovacion del primer tratado. Sin embargo, el rey del Ponto pensaba emprender con nuevo ardor la conquista del Asia Menor; para ello se aprovechó de las turbaciones y guerras de la república, á fin de aumentar su ejército. Sertorio, con quien habia concluido una alianza, le mandó oficiales romanos para que pudiera enseñar la táctica militar á su ejército. La guerra estalló de nuevo despues de la muerte del último rey de Bitinia, Nicomédés III, que habia legado su reino á los romanos. Mitrídates, cuñado de Nicomédés, invadió la Bitinia, que estaba descontenta con el yugo romano, y le recibió como á su libertador. El cónsul Cotta, enviado contra Mitrídates, fué derrotado cerca de Calcedonia. Lúculo, tambien cónsul, llegó entonces al Asia á la cabeza de un nuevo ejército, y por su valentía y talento militar restableció la fortuna de las armas de Roma. Mitrídates fué derrotado en várias batallas, y se vió obligado á retirarse á las provincias montañosas de su reino.

Sin embargo, la guerra no estaba terminada. Mitrídates reunió un nuevo ejército y atacó á Lúculo; pero éste le derrotó completamente y le obligó á buscar un asilo cerca de su cuñado Tigranes, rey de la Armenia. El vencedor pidió á Tigranes la extradicion de Mitrídates, y por negarse á ello, le declaró la guerra. Despues de dos victorias que consiguió sobre su nuevo enemigo, Lúculo conquistó casi toda la Armenia; Tigranes y Mitrídates se refugiaron entre los partos, contra quienes ya se estaba disponiendo á marchar, cuando una revolucion de sus tropas le hizo perder todos los frutos de la campaña. Pompeyo, envidioso de la gloria de Lúculo, animó secretamente á los descontentos



tos del ejército, y el infatigable Mitridates se aprovechó de esta ocasión para reconquistar su reino; Tigranes penetró en la Armenia. Entonces fué cuando Pompeyo llegó al Asia á la cabeza de un nuevo ejército, é investido de un poder absoluto. Derrotó en una batalla sobre el Eufrates las fuerzas reunidas del Ponto y de la Armenia, y sometió sus reinos á la dominación romana. Marchó despues á Siria y puso fin á la monarquía, ya débil, de los seleucidas. La guerra de sucesión al trono de la Judea dió ocasión á Pompeyo para someter aquel país, dejando el gobierno á Hircan II. Mitridates se dió muerte por no verse sometido á sus enemigos por su hijo Farnabaces, y desde entonces el Asia hasta el Eufrates se sometió al imperio romano.

Mientras que Pompeyo se llenaba de gloria en Asia, se levantaba en Roma, que debía eclipsarle toda la gloria. Julio César, de origen patricio, pertenecía, por sus opiniones políticas, al partido popular. Era sobrino de Mario. Adornado con este título en la proscripción de Sila, habia sido agraciado porque, ocupado sobre todo en sus estudios, no tomaba todavía parte en los negocios públicos. Hizo sus primeras armas en Asia y recorrió toda la escala ordinaria de los honores. Nombrado *edil curul*, hizo que se volvieran á colocar sobre el Capitolio los trofeos y estatuas de Mario, que habian sido derribadas por Sila. Por último, fué elevado á alta dignidad de gran pontífice por los sufragios del pueblo, y á pesar de la oposición de la nobleza. De un carácter amable y generoso, uniendo á sus vastos conocimientos una elocuencia poco comun, hombre de guerra y hombre de Estado, César era superior á todos sus rivales por su genio universal. Ansioso de ambición, aspiró á ser el primero en esta república dividida, que no podia ya resistir por mucho tiempo, á no ser dirigida por mano fuerte y enérgica.

La decadencia del estado romano se reveló de una manera espantosa en la conjuración de Catilina. Amenazada con una revolución social, Roma se salvó por la vigilancia y firmeza de Ciceron.

Nació Ciceron en Arpino, de una familia de

buena posición, pero de oscuro origen, y se entregó desde luego al estudio del derecho; su probidad y elocuencia le hicieron pronto célebre, y el calor con que hacia ante los tribunales la defensa de los que eran víctimas de la codicia de los gobernadores de provincia, le dió una grande popularidad. Fué nombrado cónsul al mismo tiempo que Catilina, en union con la juventud aristocrática que habia disipado su patrimonio, intentaba sublevar al populacho de Roma y derrumbar al Estado para enriquecerse, á imitación de Sila, con los asesinatos y proscripciones. Ciceron descubrió estos proyectos culpables, y obligó á Catilina, atacándole duramente en el senado, á que abandonara la ciudad y se refugiara cerca del ejército que él habia hecho reunir á Manlio, y que se componia de esclavos fugitivos y de descontentos. Ciceron hizo entonces detener á los demas jefes de la conspiración para que se les juzgase y pusiera en prisión, sin admitir apelación del pueblo, de quien temia con razón por las simpatías que tenian con los conjurados.

Catilina pereció en una batalla que le libró Petreyo cerca de Peitoya, y pudo restablecerse la tranquilidad. Ciceron recibió el título de *padre de la patria*, celebrando con esto, como él mismo nos dice, el mejor de sus dias.

César no habia estado exento de la conjuración de Catilina. Pero su elevada posición le ponía al abrigo de la persecución de sus adversarios. Nombrado pretor, vino á España, donde hizo con éxito la guerra á los lusitanos. Volvió á Roma, al mismo tiempo que Pompeyo, vuelto del Asia, celebró por espacio de dos dias el brillante triunfo del Asia, y depositó además en el tesoro público 20.000 talentos. Mas el senado, á instancia de Caton y de Lúculo, rehusó ratificar las medidas que Pompeyo habia tomado en Asia; irritado por esta repulsa Pompeyo, formó con Craso y César una coalición secreta contra el senado, coalición que se llamó más tarde el primer triunvirato: para cimentar esta union, dió César á Pompeyo la mano de su hija Julia. Esto, á no dudarlo, fué el primer paso de su caída, que contribuyó á la elevación de su rival. César fué nombrado cónsul, y á su vuelta ratificó todo lo que Pompeyo habia he-



cho en Asia. Ganó al pueblo mandando hacer repartos de las tierras públicas á veinte mil ciudadanos pobres; sostenido por Pompeyo y Craso, hizo dar varias leyes democráticas, á pesar de la oposición del senado, á cuyo frente se hallaba Caton y Ciceron. Este último fué tambien acusado por el tribuno Clodio y condenado al destierro; pero al año siguiente el gran orador pudo volver llamado por los sufragios de toda la Italia, y su vuelta fué un verdadero triunfo.

Al salir del consulado, obtuvo César por cinco años el gobierno de las dos Galias y de la Iliria; halló así un vasto campo para hacer brillar más su genio y para echar los fundamentos de su futura dominación.

En la época en que se dió á César el gobierno de la Galia Trasalpina, los romanos no poseian en aquel país más que el litoral del Mediterráneo. Pero las invasiones de los pueblos helvéticos y germánicos, yendo estos últimos bajo la dirección de Ariovisto, para fijarse en la Galia, proporcionaron á César ocasión para extender su dominación romana.

Llamado en socorro de los galos, arrojó á los helvecios á las montañas de su propio país, y obligó á los germanos á retirarse del otro lado del Rhin. Despues de haber sometido á las tribus edua y secuana, retuvo sus rehenes, se instaló sobre su territorio y las impuso algunos gravámenes. Los galos y belgas, sus vecinos, se alarmaron con estas medidas; los belgas tomaron las armas y combatieron valientemente por su independencia.

César pudo someterlos á su autoridad, merced á la superioridad de la táctica romana. Despues pasó á Luca, donde tuvo una entrevista con Pompeyo y Craso; el triunvirato fué luego renovado. César continuó por cinco años en el gobierno de sus provincias, aumentando considerablemente su ejército. Pompeyo por su parte se encargó del mando de las provincias de España y de África, y á Craso le dieron la Siria con el derecho de organizar un numeroso ejército.

Durante la ausencia de César habian estado grandes revoluciones, que le obligaron á precipitar su regreso á la Galia Trasalpina.

Venció á los vénetos, que habian tomado las armas, y sometió las dos tribus belgas Morinos y Menapios, que habian quedado independientes, y derrotó á los usipetas y á los teneteros, poblaciones germánicas que habian invadido la Bélgica. Para castigar á los germanos pasó el Rhin, y le repasó al fin de algunas semanas para ir hácia las costas de la Gran Bretaña.

Al año siguiente renovó la expedición y avanzó hasta el Támesis. Una insurrección general de las tribus belgas y galas, le obligó tambien á regresar á la Galia, donde restableció su dominación despues de una encarnizada lucha que duró dos años. Pasó por segunda vez el Rhin, á fin de castigar á los pueblos germánicos que habian protegido á los insurrectos, sin hacer, sin embargo, conquista alguna en la Germania.

Poco tiempo despues (el 72) estalló una nueva insurrección de los galos, llevando por jefe al arverno Vercingetoret. César tuvo necesidad de emplear todo su valor é ingenio para vencerles. Despues de apoderarse de varias ciudades, y en último término de Alesia, recibió la sumisión de Vercingetoret y ultimó la conquista de la Galia. Estando ya seguro de la tranquilidad del país, dejando guarniciones en los principales puntos, pudo intervenir en los negocios interiores de la república, que se habian complicado nuevamente.

Grandes trastornos habian tenido lugar en Roma.

Craso habia ido á la provincia de la Siria y allí declaró la guerra á los partos; pero habiéndole hecho traición Abgar, príncipe de Osroene en la Mesopotamia, quien le habia instado á hacer esta expedición, pereció con la inmensa mayoría de su ejército en una batalla que le libraron los partos. Su muerte acabó de romper la union entre César y Pompeyo; éste habia perdido su mujer Julia, y cada vez se aumentaba más y más la envidia por la gloria de su rival. Aunque Pompeyo quedó siempre en Roma, no tuvo bastante energía para mantener la tranquilidad interior, perturbada por Clodio y Milon, quienes libraron más de una vez sangrientos combates en las calles de la



ciudad, y cuya rivalidad impidió por espacio de siete meses la elección de los cónsules; por último, Clodio fué muerto y nombraron á Pompeyo cónsul único, con poder dictatorial para que restableciera el órden; Milon, que fué acusado de sedición, fué al punto desterrado. En el término de sus empresas, César solicitó por segunda vez el consulado; pero el Senado, á instancias de Pompeyo, exigió de él que licenciara ántes su ejército y que fuera á Roma á dar cuenta de sus gestiones. Los tribunos Curion y Antonio, ganados por César, hicieron la misma proposición por Pompeyo, pero el senado, que estaba de parte de este último, dió órdenes para que César, bajo pena de alta traición, dejara el gobierno de las Galias. No habiendo podido los tribunos impedir con su veto este decreto del senado, huyeron de Roma adonde estaba César con su ejército, cerca de la frontera del territorio de la república, sobre el Rubicon. César se decidió á pasar este rio, y aquí va á dar principio la segunda guerra civil.

Pompeyo, investido por el senado con el poder dictatorial, no habia hecho preparativo alguno para defenderse contra su adversario. César pasó todo el territorio sin encontrar resistencia, y entró en Roma, de donde se habian ya escapado Pompeyo y todos sus partidarios, con ánimo de dirigirse al Epiro. César ganó al pueblo con su clemencia y con la generosidad con que solia tratar á aquellos de sus enemigos que caian en sus manos. Antes de perseguir á Pompeyo vino á España y destrozó en la batalla de Ilerda el ejército que mandaban los lugartenientes de Pompeyo; Marsella, que le cerró sus puertas, se vió obligada á franquearlas por la fuerza de las armas. Entónces César volvió á Roma para hacerse elegir cónsul. Sin embargo, su lugarteniente Curion, á quien él habia mandado al África, pereció en una batalla contra Varo, general de Pompeyo. Este, por su parte, habia reunido un numeroso ejército, con el que se habia retirado á Dyrraquium. César pasó entónces el Adriático y atacó á esta ciudad, pero habiendo sido rechazado se dirigió á la Tesalia y tomó posiciones cerca de Farsalia. Pompeyo, en vez de volver sobre

la Italia como le aconsejaban sus amigos, le siguió y le libró aquella funesta batalla en la que salió destrozado todo su ejército. Él se refugió en Egipto, donde fué muerto por órden de Pótino, tutor del jóven rey Ptolomeo, que esperaba así ganar el favor del vencedor. Pero César, hombre grande para que se alegrara de la triste suerte de su antiguo amigo, le lloró amargamente é hizo castigar á los asesinos.

Después de haber calmado César con su valor personal una revolucion en Alejandria y colocado en el trono á Cleopatra, hermana de Ptolomeo, recorrió el Asia como vencedor y se volvió á Roma. Se reconcilió con Ciceron, que habia permanecido fiel á Pompeyo; pero al poco tiempo se fué al África, donde se encontraban Escipion, suegro de Pompeyo, Caton y Juba, rey de Numidia, al frente de un ejército considerable. Estos fueron derrotados en la sangrienta batalla de Tapso: Caton se dió la muerte en Utica; Escipion se precipitó en el mar. En esta batalla perdieron los enemigos cerca de cincuenta mil hombres. Juba y Petreyo se dieron mutuamente la muerte. El gobierno de la Numidia, reducido al imperio romano, se le concedió al historiador Salustio. El partido de Pompeyo estaba ya en su agonía; César entró triunfante en Roma; aceptó por diez años el poder supremo, que le ofreció el senado bajo el nombre de *dictadura*.

César gobernó la república con un poder absoluto, observando las formas que le prescribía la constitucion republicana. Reunió en su persona las magistraturas más importantes, tales como el *consulado*, el *tribunado* y el *pontificado*; además tomó por tres años el poder que ejercian los censores sobre las costumbres de los ciudadanos. El pueblo adoró en él mediante las fiestas públicas, los combates de los gladiadores y las distribuciones gratuitas de trigo; los caballeros por su parte abrazaron la causa de César, que dividió el poder judicial entre ellos y los senadores; el *senado*, compuesto de nuevecientos miembros, fué ocupado por los partidarios del dictador. La autoridad de César se consolidó pronto en Roma, y de tal suerte, que pudo empeñar la última lucha contra el partido republicano que se habia



organizado en España bajo la bandera de los dos hijos de Pompeyo, Sexto y Cneo. César viene á España y gana la famosa batalla de Munda en la que anduvo muy fluctuante la victoria por parte de los dos ejércitos. Cneo Pompeyo pereció en el combate, y Sexto se refugió en Grecia; las ciudades de Munda y Córdoba fueron tomadas por asalto y la segunda guerra civil quedó casi por completo terminada.

De regreso á Roma, trabajó César por transformar la república en monarquía, única forma de gobierno posible en Roma en aquella época. Obtuvo el mando supremo del ejército con el título de emperador. Se reservó el derecho de nombrar por sí la mitad de los magistrados, excepto los cónsules, el de disponer del tesoro público sin obligacion de dar cuenta á nadie, y el de designar los gobiernos de una buena parte de sus provincias. César no usó de todos estos poderes sino para felicidad del Estado. La administracion de las provincias fué

notablemente mejorada, y la proteccion acordada á la agricultura y al comercio relevó la prosperidad de la Italia. Reformó el calendario y adoptó las medidas necesarias para reformar toda la legislacion civil. Pero la ambicion y quizas mejor los consejos de algunos amigos muy envidiosos, entre los cuales se hallaba Marco Antonio, le obligaron á ceñirse la diadema imperial. Un decreto del senado le confirmó la dignidad real durante la guerra civil que iba á emprender contra los partos, cuando se tramó la conspiracion que le habia de costar la vida. Sinceros republicanos, tales como Bruto, enemigos personales de César, como Casio, y hombres ávidos de trastornos, como Casea, se reunieron y dieron muerte al poderoso dictador en pleno senado; César espiró al pié de la estatua de Pompeyo, acribillado á puñaladas. Su muerte fué la señal de nuevas guerras civiles, que terminaron á la caida de la república.